

# EL TIGRE NOCTURNO

YANGSZE CHOO

# EL TIGRE NOCTURNO

Título original: *The Night Tiger*

Primera edición en inglés por Flatiron Books.

© 2019, Texto: Yangsze Choo

Publicado por acuerdo con Flatiron Books en asociación con International Editors <Co. Barcelona.

Derechos reservados.

Traducción: Susana Olivares

Adaptación del diseño original de Mumtaz Mustafa: Planeta Arte y Diseño

Fotografía de portada: © Shui Lun Chan/Qeelin Limited

Fotografía de la autora: © James Cham

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Primera edición en formato epub: agosto de 2020

ISBN: 978-607-07-6754-8

Primera edición impresa en México: agosto de 2020

ISBN: 978-607-07-6750-0

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas -vivas o muertas- es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

*Kamunting, Malasia, mayo de 1931*

El viejo se está muriendo. Ren lo nota en la débil respiración, el rostro hundido y la delgada piel estirada sobre los pómulos. De todos modos, quiere que se abran las contraventanas. Irritado, con un gesto le indica al chico que lo haga, y Ren, quien se siente como si tuviera una piedra atorada en la garganta, abre de par en par la ventana del segundo piso.

El exterior brilla como un mar color verde; las ondulantes copas de los árboles de la selva y el penetrante azul del cielo parecen provenir de algún sueño delirante. La intensidad de la luz tropical hace que Ren se estremezca. Se mueve para cubrir a su amo con su sombra, pero el viejo lo detiene con otro gesto, mientras la luz del sol enfatiza el temblor de su mano, desfigurada por el muñón del dedo faltante. Ren recuerda cómo, hace apenas algunos meses, esa mano era capaz de calmar bebés y suturar heridas.

El viejo abre los lechosos ojos azules, esos ojos extranjeros y carentes de color que tanto asustaban a Ren al principio, y murmura algo. El chico acerca su cabeza rapada.

—Recuérdalo —dice. El muchacho asiente—. Dilo. —El áspero susurro se está apagando.

—Cuando usted muera, encontraré su dedo faltante —responde Ren con voz clara y suave.

—¿Y?

Ren titubea un instante.

—Y lo enterraré en su tumba.

—Bien. —El viejo respira ruidosamente—. Debes recuperarlo antes de que pasen los cuarenta y nueve días de mi alma. —El chico ha hecho muchas tareas similares antes, con rapidez y destreza. Se hará cargo, a pesar de las sacudidas que se apoderan de sus estrechos hombros—. No llores, Ren.

En momentos como este, el chico aparenta menos años de los que tiene. El viejo lo lamenta; desearía poder hacerlo él mismo, pero está extenuado. En vez de eso, vuelve el rostro hacia la pared.

*Ipoh, Malasia*  
*Miércoles, 3 de junio*

El cuarenta y cuatro es un número de mal agüero para los chinos. Suena parecido a «muerto, bien muerto» y, a causa de ello, se debe evitar el número cuatro y cualquiera de sus variaciones. En ese funesto día de junio llevaba exactamente cuarenta y cuatro días en mi empleo secreto de medio tiempo en el salón de baile Flor de Mayo, de Ipoh.

Mi trabajo era secreto porque ninguna chica respetable debía bailar con desconocidos, aunque nuestros servicios se promocionaban como si fuéramos «instructoras» de baile, algo que, en efecto representábamos para la mayoría de nuestros clientes (oficinistas y colegiales nerviosos que compraban rollos de boletos para aprender el foxtrot, el vals o el rongneg, ese encantador baile malasio). Los demás eran *buaya*, o *cocodrilos*, como les decíamos, hombres que sonreían enseñando los dientes y cuyas manos errantes solo se detenían a fuerza de dolorosos pellizcos.

Jamás ganaría suficiente dinero si insistía en darles esos tremendos manotazos, pero tenía la esperanza de no tener que seguir haciéndolo por mucho tiempo. Era solo para pagar el préstamo de cuarenta dólares malasios, con una tasa de interés absurdamente elevada, en el que mi mamá incurrió. Con mi verdadero trabajo de día como aprendiz de costurera no ganaba lo suficiente para cubrir ese monto, y mi pobre e ilusa madre no tenía posibilidad alguna de conseguirlo por sí misma; no contaba con la mínima suerte para los juegos de azar.

Si tan solo mi madre hubiera dejado las estadísticas en mis manos, las cosas habrían salido mejor, ya que soy buena para los números. Y lo digo sin gran orgullo. Es una habilidad que me ha ayudado poco. De haber sido varón, las cosas habrían sido distintas, pero mi fascinación por calcular probabilidades a los siete años de edad no le sirvió en lo absoluto a mi madre, que en ese entonces acababa de enviudar. En medio del triste vacío que dejó la muerte de mi padre, pasé horas escribiendo a lápiz hileras de cifras sobre tiras de papel. Eran lógicas y ordenadas, a diferencia del caos en el que se hundió nuestro hogar. A pesar de ello, mi madre conservó aquella sonrisa dulce y superficial que la asemejaba a la diosa de la misericordia, aunque seguramente estaba preocupada por lo que cenaríamos esa noche. La amaba intensamente, pero ya hablaremos de eso más tarde.

Después de contratarme, lo primero que el Ama del salón de baile me dijo que hiciera fue que me cortara el cabello. Llevaba años dejándolo crecer después de que mi hermanastro Shin me atormentara diciéndome que parecía niño. Las dos largas trenzas, pulcramente atadas con listones, iguales a las que llevé todos los años que asistí a la Escuela Anglochina para Niñas, eran un dulce símbolo de feminidad. Creía que ocultaban una multitud de pecados, incluyendo la capacidad poco femenina de calcular tasas de interés casi sin pensarlo.

—No —me dijo—. Aquí no puedes trabajar así.

—Pero hay otras muchachas con el pelo más largo —le señalé.

—Sí, pero tú no.

Me mandó con una mujer inquietante que me cortó las trenzas. Cayeron con pesadez sobre mi regazo, como si estuvieran vivas. Si Shin me hubiera visto, hubiera muerto de la risa. Incliné la cabeza mientras me las cortaba, la nuca expuesta me daba una sensación de vulnerabilidad aterradora. La mujer me dejó un fleco y, cuando alcé la mirada, me estaba sonriendo.

—Te ves preciosa —me dijo—. Igualita a Louise Brooks.

A todo esto, ¿quién demonios era Louise Brooks? Al parecer, una estrella del cine mudo que había sido sumamente popular hacía algunos años. Me sonrojé. Era difícil acostumbrarse a la nueva moda, en la que marimachos sin pechos como yo de pronto podíamos ser populares. Claro que, al vivir en Malasia, en los confines más alejados del imperio, por desgracia estábamos muy lejos de las últimas tendencias. Las damas británicas que venían a Oriente se quejaban del rezago de entre seis y doce meses frente a la moda londinense. Por ello, era de esperarse que la popularidad de los bailes de salón y el pelo corto apenas estuvieran llegando a Ipoh, a pesar de que llevaran bastante tiempo a la vanguardia en otros lugares. Me acaricié la nuca rasurada y temí verme más masculina que nunca.

—Necesitas un nombre. Inglés, de preferencia. Te llamaremos Louise —dijo el Ama, moviendo el peso de su cuerpo con pericia.

De modo que fue encarnando a Louise como me encontré bailando tango la tarde de aquel 3 de junio. A pesar de las fluctuaciones de la bolsa de valores, la bulliciosa ciudad de Ipoh estaba inmersa en el arrebató embriagador de las nuevas construcciones financiadas por la riqueza producto de las exportaciones de estaño y hule. Estaba lloviendo; era un aguacero inusual para esa hora de la tarde. El cielo adquirió el color del hierro, así que tuvieron que encender las luces, aunque a la gerencia no le gustó. La lluvia retumbaba con estridencia en el techo de lámina, y el director de la orquesta, un goanés menudito con un bigote delgadísimo, hacía su máximo esfuerzo por sofocar el ruido.

La manía por los bailes occidentales condujo a la aparición de infinidad de salones de baile públicos a las afueras de cada ciudad y pueblo. Algunos eran sitios de lo más elegantes, como el recién construido Hotel Celestial, mientras que otros eran apenas



cobertizos expuestos a las brisas tropicales. A las bailarinas profesionales como yo, nos tenían en una especie de corral, como si fuésemos pollos o borregos. El corral era un espacio con sillas, separado por un listón. Allí se sentaban las muchachas bonitas, cada una con un adorno de papel numerado y sujeto al pecho. Unos guardias de seguridad evitaban que alguien se nos acercara a menos que tuvieran un boleto, aunque eso no impedía que algunos clientes lo intentaran.

Me sorprendió un poco que alguien me pidiera bailar un tango. No había logrado aprenderlo bien en la escuela de baile de la señorita Lim, en donde, como premio de consolación cuando mi padrastro me obligó a abandonar la escuela, me enseñaron el vals y el foxtrot, que era un poco más atrevido. Pero no me enseñaron a bailar tango. Se consideraba demasiado impúdico, aunque todas habíamos visto, en blanco y negro, a Rodolfo Valentino bailándolo.

Cuando empecé a trabajar en el Flor de Mayo, mi amiga Hui dijo que más me valía aprenderlo.

—Pareces una chica moderna —me dijo—. Seguramente, alguien te lo pedirá. —Mi queridísima Hui. Fue ella quien me lo enseñó, las dos dando tumbos como si estuviéramos borrachas. De todos modos, hizo su mejor esfuerzo—. Bueno, quizá nadie te pida que lo bailes —me dijo esperanzada después de que un movimiento brusco casi nos tira a las dos.

Por supuesto, se equivocó. No tardé en descubrir que, por lo regular, el tipo de hombre que pedía tangos era un *buaya*, y el de aquel aciago día cuarenta y cuatro no fue la excepción.

Me dijo que era vendedor y que se especializaba en productos escolares y de oficina. De inmediato recordé el característico olor a cartón de mis cuadernos escolares. Adoraba la escuela, pero esa puerta ya se me había cerrado. Lo único que me quedaba era la

conversación insulsa y los pies pesados de aquel vendedor, quien decía que la papelería era un negocio sólido, aunque estaba totalmente seguro de que podía irle mejor.

—Tienes muy buena piel. —Su aliento apestaba al abundante ajo del arroz con pollo estilo hainanés. Sin saber qué decir, me concentré en mis pobres pies aplastados. Era una situación desesperada, puesto que el vendedor parecía creer que el tango consistía en adoptar poses repentinas y teatrales—. Solía vender cosméticos —dijo, demasiado cerca otra vez—. Sé mucho acerca del cutis de las mujeres. —Me incliné hacia atrás para ampliar la distancia entre ambos. Al dar un giro, me jaló con tal fuerza que choqué contra él. Supuse que lo había hecho a propósito, pero movió la mano involuntariamente hacia el bolsillo, como si temiera que algo que guardaba allí pudiera caerse—. ¿Tú sabías —me dijo sonriendo— que hay maneras de mantener a las mujeres jóvenes y bellas por siempre? Con agujas.

—¿Agujas? —pregunté con verdadera curiosidad, a pesar de creer que era una de las peores frases de galantería que había escuchado.

—En el oeste de Java, hay mujeres que se encajan finísimas agujas de oro en el rostro. Hasta el fondo, hasta que dejan de verse. Es una especie de brujería para evitar el envejecimiento. Conocí a una viuda preciosísima que sepultó a cinco maridos y que decían que tenía veinte agujas enterradas en la cara. Pero me contó que alguien tendría que quitárselas cuando muriera.

—¿Por qué?

—El cuerpo debe volver a quedar en su estado natural en el momento de la muerte. Cualquier cosa que se le haya añadido debe retirarse, y cualquier cosa que le falte debe ser integrada en él; de lo contrario, el alma no puede descansar en paz.

Fascinado por mi asombro, prosiguió a contarme el resto de su viaje con lujo de detalles. A algunas personas les gustaba hablar, mientras que otras, de manos sudorosas, solo bailaban en silencio.

En general, prefería a los parlanchines porque, al estar tan embebi- dos en su propio mundo, no se metían en el mío.

Si mi familia descubría que trabajaba allí de medio tiempo, se- ría un desastre absoluto. Temblé de solo pensar en la furia de mi padrastro y en las lágrimas de mi madre si se veía obligada a confe- sarle sus deudas de *mahjong*. También estaba Shin, mi hermanas- tro. Como nacimos el mismo día, solían preguntarnos si éramos gemelos. Siempre había sido mi aliado, o al menos hasta hacía poco. Después de ganar una beca para estudiar en el Colegio de Medicina Rey Eduardo VI, en Singapur, donde capacitaban a los talentos locales para combatir la grave carencia de médicos en Ma- lasia, Shin se fue. Me sentí orgullosa porque se trataba de Shin, que era muy inteligente; pero también sentí una profunda envidia por- que, de los dos, yo siempre obtuve mejores calificaciones en la es- cuela. Pero no tenía caso pensar en los quizás. Shin ya ni siquiera respondía a mis cartas.

El vendedor seguía hablando.

—¿Crees en la suerte?

—¿Por qué habría de hacerlo? —Intenté no hacer muecas des- pués de otro pisotón.

—Deberías, porque voy a ser muy afortunado. —Con otra enorme sonrisa, volvió a hacer un giro precipitado. De reojo alcan- cé a ver la mirada furiosa que nos estaba echando el Ama. Estába- mos haciendo una escena en la pista de baile al tropezar por todas partes, y eso era pésimo para el negocio.

Apretando los dientes, me esforcé por mantener el equilibrio mientras el vendedor me inclinaba peligrosamente. Sin rastro al- guno de dignidad, nos balanceamos y estuvimos a punto de caer. Agité los brazos y me aferré a su ropa. Él me agarró de las nalgas y se asomó a mi escote. Le di un codazo, la otra mano se me atoró en su bolsillo. Algo pequeño y ligero rodó hasta mi mano justo cuando la saqué. Se sentía como un cilindro estrecho y liso. Dudé un instante, tratando de recuperar el aliento. Quise regresarlo a su

lugar; si el hombre se daba cuenta de que lo había tomado, podría acusarme de carterista. A algunos les gustaba causar problemas de ese tipo; les daba un motivo para extorsionar a las chicas.

El vendedor me sonrió con descaro.

—¿Y tú cómo te llamas?

Confundida, le di mi nombre real, Ji Lin, en lugar de Louise. Cada vez la situación se ponía peor. En ese instante, la música se acabó y el vendedor me soltó de repente. Clavó la mirada en algo a mis espaldas, como si hubiera visto a alguien conocido, y, alarmado, se alejó.

Como para reparar el daño hecho por el tango, la orquesta empezó a tocar «Yes, Sir, That's My Baby!». Diversas parejas corrieron a la pista de baile mientras yo volvía a mi silla. El objeto en la palma de mi mano me quemaba la piel. Seguramente volvería; todavía le quedaba un rollo entero de boletos. Si lo esperaba, podría regresarle lo que había tomado o fingir que se le había caído al piso.

El aroma de la lluvia entró por las ventanas abiertas. Ansiosa, levanté el listón que separaba las sillas de las bailarinas de la pista de baile, me senté y me alisé la falda.

Abrí la mano. Como lo imaginé por el tacto, se trataba de un cilindro delgado, hecho de vidrio. Un frasco para muestras, de apenas cinco centímetros de largo, con una tapa de rosca hecha de metal. Se oía que algo ligero rebotaba en su interior. Ahogué un grito.

Eran las dos falanges superiores de un dedo cercenado y seco.